

Sermón del 17 de agosto, 2014

Por Caleb Yoder, Iglesia Menonita de Calderón

Tema: "El juego de contaminación"

Textos: Isaías 56:1, 6-8, Romanos 11:1-2a, 29-32, Mateo 15:21-28

_____ nos acaba de leer una historia muy difícil, pero yo creo que nos puede hablar en esta mañana. Yo estoy seguro de que podemos aprender algo de esta historia donde Jesús sana a una mujer cananea.

¿Ustedes saben quienes eran los cananeos? Los cananeos eran otros pueblos, no israelitas que habitaban cerca de los israelitas. Generalmente la Biblia no dice nada bueno acerca de los cananeos.

En el libro de Josué el pueblo conquista a los cananeos en vez de mostrarles misericordia. Jesús tiene el mismo nombre Josué -- ¿Ustedes sabían? El nombre Jesús es solamente otra variante del nombre Josué -- significa salvación de Jehová. Es que los dos son libertadores, pero veamos como hace Jesús. Jesús tiene otro estilo de liberación.

Lo que pasa es que Jesús y sus discípulos todo este tiempo han paseado solamente por territorio Israelita. Hacen su ministerio en los pueblos donde están los hijos de Abrahán, porque Jesús quiere dejar muy claro que su misión viene del Dios de Israel y de ningún otro. Cuando Jesús soltó a sus discípulos para que anduvieran sanando a la gente y sacudiendo el polvo de sus sandalias en contra de la gente mala, todo el tiempo estaban entre pueblos israelitas.

Pero ahora Jesús pasa por la región de Tiro y Sidón. Ya no son pueblos israelitas. En cualquier caso, si están allí van a rozar con algunos cananeos. La cosa es que los israelitas eran un pueblo con muchos prejuicios. Muchos de ustedes han sentido los prejuicios de la gente de aquí. No todos los ecuatorianos tiene prejuicios. Ya sabemos que nuestros hermanos Nicolás y Victoria son muy abiertos.

Pero los prejuicios de los israelitas son de otro nivel. Son muy fuertes. Ellos son los únicos que adoran al Dios correcto. La gente de las demás naciones son perros. Hay perritos bonitos como el pug chiquito que vive arriba, pero si a usted le dicen "perro" no es para felicitarle.

Entonces, ahora Jesús y sus discípulos están donde los cananeos y se acerca una mujer. Es cananea, pero hasta reconoce que Jesús es "hijo de David." Los discípulos de Jesús tienen los mismos prejuicios de siempre. "Despídela." "Dile que se largue." "Nos está molestando con esa gritadera."

Pero Jesús se queda callado. Deja que la mujer hable. Su hija está enferma, endemoniada, y como una buena madre busca una solución para su hija. Ella es de las madres que luchan por sus hijos y hacen lo que sea para que no tengan que sufrir.

El problema dice Jesús, es que su misión es en este momento sólo para los israelitas.

Sólo para las ovejas perdidas de Israel. Y la parte más difícil: "No es bueno echar la comida de los hijos a los perritos."

Ponle cuidado. La acaban de llamar "perra" pero la mujer ni pestañea. Ella podría haberse sentido insultada, ofendida. Como en una conversación anterior, Jesús ofende a los fariseos y ellos ya no quieren tener nada más con él. Están escandalizados y por eso no reciben el evangelio.

Pero esta mujer solo piensa en su hija y sabe que es digna de la sanidad de Jesús. No importa la nación ni la raza. Le dije a Jesús que hasta los perros comen de lo que se cae de la mesa y es cierto.

Ahora Jesús queda impactado. Si fuera israelita orgulloso podría marcharse con sus discípulos. ¿Qué israelita va a permitir que una cananea le hable así?

Jesús le dice: "Grande es tu fe! Sea hecho contigo como quieres." Y la hija se sana de inmediato.

Jesús no le dice eso a cualquier persona. Ni siquiera a sus discípulos. Más bien Jesús les regaña por ser de poca fe. La mujer cananea recibe un 10, la nota sobresaliente. Nadie le quita su fe, ni tampoco su dignidad.

Parece que no solamente Jesús cambia la vida de la mujer. La mujer cambia a Jesús. Por encuentros así, es evidente que el evangelio no es solo para los israelitas sino para habitantes de todas las naciones. No hay nadie indigno de recibir el evangelio.

La historia de esta mujer cananea me recuerda de una experiencia que yo tuve en la escuela. Como todos saben, los compañeros podemos ser muy crueles.

Siempre se burlaban de una muchacha que estaba en el sexto grado con nosotros. Cuando hablaban de ella a sus espaldas, le decían "ello" no "ella." Desarrollaron un juego que duraba todo el día para humillarla. Tal vez al principio ella no se daría cuenta, pero después de un tiempo, sí. Si ella tocó un objeto, como el pasamanos, mientras subíamos al otro piso, usted se contaminaba si lo tocó después. Le daba la "enfermedad de ello." Lo divertido del juego era que se podía pasarles la enfermedad a otros compañeros, pero todo fue a expensas de esa pobre chica. Si yo recuerdo esto después de tantos años, y ni fue víctima, me imagino que ella lo recuerda también. De hecho la tengo en Facebook ahora y se ve que asiste a una iglesia y tiene hijos. En todo caso, yo sabía que no era correcto ese juego, pero no tenía la valentía de detener a mis compañeros.

Pero hacían el mismo juego en los tiempos de Jesús y Jesús lo detiene. Todos creían que una mujer así era un "ello," que tener contacto con ella le contaminaba a uno. Jesús se da cuenta que no era así. No hay que seguir con el mismo juego.

De hecho, Jesús enseñó sobre la contaminación antes de salir para el país de esa mujer. Los fariseos insistían en que es necesario lavarse las manos antes de comer. No lo decían por los microbios, porque nadie sabía de microbios en ese tiempo. Era simplemente una tradición,

y una oportunidad para que ellos se creyeran mejor que la gente que no lo hacía. Pero, Jesús insistió en que las tradiciones así no importaban. Lo que salía del corazón, como los deseos de matar, robar, infidelidad matrimonio -- eso que salía del corazón podía contaminar a la persona. La mujer cananea pone a prueba lo que Jesús acababa de enseñar.

El evangelio -- donde todas las relaciones son transformadas y recibimos e imitamos la vida de Jesús -- el evangelio es para todos y todas. Todos somos dignos. Ninguna cualidad descalifica. Entonces tenemos que detener el juego de exclusión donde lo vemos y también creer en la dignidad de cada persona para ser bendecida.